

ELENA

ELENA *llega, seguida de un coro de tres jóvenes cautivas.* PANTALIS *la corifea* ¹.

ELENA. Muy admirada y muy vituperada, yo soy Elena; llego de la playa donde acabamos de desembarcar, todavía mareada por el balanceo de las olas, las cuales vienen de las llanuras de Frigia y nos han llevado sobre sus hombros altamente encrespados por favor de Poseidón y la fuerza de Euros, en las bahías paternas. Allá abajo, el rey Menelao se alegra de su regreso y del de sus más valientes guerreros. Yo te saludo, casa elevada que Tindareos, mi padre, después de su regreso, se hizo fabricar en la falda de la colina de Palas; y cuando crecí aquí fraternalmente con Clitemnestra, con Castor y con Polux, compañeros de mis juegos, esta casa estaba adornada más magníficamente que todas las demás casas de Esparta. ¡Os saludo, hojas de la puerta de bronce! Entonces era cuando os abríais de par en par, llenas de hospitalidad, y que sucedió un día que yo escogida entre varias vi aparecer Menelao como mi novio. Abríos de nuevo, para que yo pueda cumplir con la orden urgente del rey como conviene á la esposa. ¡Dejadme entrar! y

1. Toda esta parte ha sido traducida literalmente, lo que era el solo medio para dar una idea de los efectos del estilo de Goethe, que ha intentado aquí imitar la versificación griega.

que todo lo que hasta ahora, me atormenta fatalmente quede detrás de mí; pues, desde que sin recelo, abandoné este sitio, para visitar el templo de Citera, obedeciendo á un deber sagrado, y que, ahí, un raptor, el Frigiano, me robó, muchas cosas han sucedido que los hombres se cuentan con gusto de lejos y de cerca, que no le gusta á este oír y cuya tradición exagerada ha tomado la forma de la fábula.

EL CORO.

¡No desprecies, oh mujer ilustre!
La honrada posesión del más grande de los bienes;
Pues la mayor felicidad, tú sola la posees:
La gloria de la belleza, que se eleva por encima de todo.
Al héroe lo precede su nombre;
Entonces, se adelanta con orgullo;
Pero el hombre más indómito
Se somete á la belleza siempre triunfante.

ELENA. Vengo pues llevada por las olas juntamente con mi esposo, y él es quien me envía por delante á su ciudad; mas ignoro cual sea su pensamiento, si vengo como esposa, si vengo como reina, si vengo como sacrificio de los amargos dolores del príncipe y en razón de las largas desgracias de los griegos. ¡Soy conquistada pero no sé si soy cautiva! Los inmortales me han extrañamente compartido el renombre y el destino, esas peligrosas compañeras de la belleza, que hasta en este umbral, cerca de mí, tienen aspecto sombrío y amenazador. Pues ya, en el buque profundo, el esposo no me miró sino pocas veces: no pronunció ninguna palabra indulgente. Ahí estaba en frente de mí como si pensara en alguna cosa funesta. Mas cuando navegando hacia el margen profundo de la bahía, las proas de los buques habían apenas saludado la tierra, dijo de repente como inspirado por un

dios: « Aquí mis guerreros desembarcan según la orden; les pasaré revista en la playa. Pero tú, sigue tu viaje á lo largo del margen fecundo del Eurotas, dirige los corceles sobre el adorno de la húmeda pradera, hasta que llegues á la hermosa llanura donde se halla Lacedemona, antiguamente vasto campo al pie de los montes encumbrados; entra en la casa del príncipe que se levanta hasta las nubes y pasa revista á las criadas que en ella han quedado, al frente de las cuales está la anciana y prudente intendenta. Ella te enseñará la rica colección de los tesoros, tales cuales tu padre los ha dejado y que he acumulado yo también en la paz y en la guerra, Todo lo hallarás en el mejor orden; pues ese es el privilegio del príncipe, de hallar á su regreso todo fielmente en su sitio y tal cual lo había dejado. Pues el criado no tiene el derecho de cambiar nada de su voluntad. »

EL CORO.

Alégrate ahora al contemplar el tesoro magnífico
Que siempre se ha aumentado por el precio y por la masa;
Pues el brillo de la cadena, el esplendor de la corona,
Ostentan su orgullo de hallarse aquí, y parecen sentir lo que son;
Entra pues y animalos con tu presencia;
Pronto volverán á la existencia y al movimiento.
Me alegro de ver la belleza que disputa el imperio
Al oro, á las perlas y á los diamantes.

ELENA. El amo siguió hablando en tono de amo:
« Cuando lo habrás visto todo, entonces toma las trébedes que necesitas y otras vasijas de que necesita el sacrificador para el santo uso de las fiestas, las fuentes, las copas y la bandeja. Que los cántaros esbeltos se hallen llenos del agua más pura; además, que la leña seca, pronta á arrojar llamas, se encuentre lista; en fin no olvides la cuchilla bien afilada, y por todo lo demás

lo dejo á tu cuidado. » Así dijo él apresurándose para que marchara; pero el ordenador nada me indica que respire y que quiera sacrificar para obsequiar á los olímpianos. Esto es grave: sin embargo nada temo, y todo lo abandono á los dioses, quienes concluyen lo que parece estar concebido en su seno. Que sea bien ó mal apreciado por los hombres, debemos soportar el destino, nosotros que somos mortales. Más de una vez el sacrificador ha levantado el hacha pesada sobre la cabeza del animal tendido en el suelo, y no ha podido acabarlo, siendo impedido de ello ó por un enemigo que hallábase cerca, ó por la intervención de un dios.

EL CORO.

No es posible que puedas adivinar lo que te sucederá

¡Reina, ve adelante

Firme en tu valor!

El bien y el mal suceden

Al hombre sin ser previstos.

No lo creeríamos si no nos lo anunciaran de antemano.

¿No ha ardido Troya? Hemos visto sin embargo

La muerte delante de nuestros ojos, la muerte ignominiosa;

¿Y no nos hallamos aquí

Adictas á tu servicio y llenas de alegría?

¿Vemos al sol del cielo que deslumbra

Y lo que hay más hermoso sobre la tierra

Y á ti, tan linda; qué felices somos!

ELENA. ¡Pues bien! suceda lo que quiera, me conviene subir sin tardar á la casa del rey, la cual, por largo tiempo deseada, y muy echada de menos, y casi perdida para siempre, se halla otra vez delante de mis ojos, no sé cómo. Los pies no me llevan ya tan ligeramente sobre los altos peldaños, que yo subía antiguamente como una niña.

EL CORO.

¡Desechad, hermanas mías,
Oh tristes cautivas,

Desechad todas vuestras penas;
 Tomad parte en la dicha de nuestra señora!
 Tomad parte en la dicha de Elena,
 Que hacia el hogar de su padre,
 Con un pie lento y tardío
 Pero otro tanto firme,
 Se acerca llena de alegría.
 Cantad y alabad los dioses santos
 Que devuelven la felicidad
 Y traen otra vez el hombre á su hogar.
 El que es libre se cierne
 Como si tuviese alas
 Sobre las cosas más ásperas; mientras en vano
 El cautivo, lleno de deseo y de pesar,
 Fuera de la reja de su cárcel
 Extiende el brazo quejándose.
 Pero ella, un dios la cogió,
 Ella, la fugitiva.
 Y de las ruinas de Ilíón
 La volvió á traer en estos parajes,
 En la antigua casa de su padre
 Adornada de nuevo para ella,
 Después de innumerables
 Delicias y tormentos
 De las cuales debe acordarse.

PANTALIS, *corifea*. Abandonad ahora la senda sembrada de alegría y de cantos, y volved vuestras miradas hacia las hojas de la puerta. ¿Qué veo, hermanas? ¿No vuelve hacia nosotras la reina con pasos precipitados y llena de emoción? ¿Qué hay, grande reina? ¿Qué es lo que has podido encontrar de espantoso en el pórtico de la casa en vez del saludo de los tuyos? No lo disimulas, pues veo la aversión sobre tu frente, una noble cólera que lucha con el asombro.

ELENA, quien ha dejado abiertas las hojas de la puerta.

El ruin temor no conviene á la hija de Júpiter, y la mano ligera y fugitiva del espanto no la toca; pero el terror que, elevándose del *origen de las cosas* se eleva en mil formas, como nubes ardientes del hogar

central de la montaña, conmueve hasta el pecho de los héroes.

Así, hoy, llenos de horror, los dioses del Estix me han tapado la entrada de la casa que quisiera abandonar alejándome como el huésped despedido. ¡Pero no! he retrocedido hasta la luz del día, y no me rechazaréis más allá, potencias, aunque seáis lo que seáis. Pensaré en *consagrarme*; entonces la esposa purificada podrá como su esposo saludar la llama del hogar.

LA CORIFEA.

Descubre á tus criadas, mujer ilustre,
 Á las que te asisten, lo que te ha sucedido.

ELENA. Lo que he visto lo veréis con vuestros ojos si la antigua noche no se ha tragado esas imágenes en la profundidad de su seno fecundo en maravillas. Mas para que lo sepáis os lo diré en estos términos: Cuando entré en el primer espacio interior de la casa del rey, andando con paso solemne y acordándome de los primeros deberes, me maravillé del silencio de las galerías desiertas, Mi oído no fué herido por el rumor de los que andan mientras trabajan; mi mirada en vano buscaba esos seres afaenados ocupados en sus tareas, y no pareció ninguna criada, ninguna intendenta de las que siempre se presentan para saludar al extranjero; mas cuando me acerqué al sitio donde está el hogar, ahí yo ví, cerca de los restos de ascuas apagadas, sentada en el suelo, ¡oh que grande mujer *tapada!* no como adormecida sino como si soñara. La llamo al trabajo con el tono de alguien que cree ver la intendenta de la casa, que la previsión de mi marido habrá colocado ahí para que esperara; mas esa mujer inmóvil se queda sentada y envuelta en su túnica. En fin, al oír mi amenaza, levanta el brazo derecho como para arrojarme lejos del hogar y del pórtico.

Me aparto de ella con cólera y precipito mis pasos hacia las gradas sobre las cuales levántase el tálamo adornado y situado cerca de la sala del tesoro. Mas la visión se levanta dando de repente un brinco y cerrándose el paso con un ademán imperioso, aparece á mi vista con su cuerpo descarnado, los ojos hundidos é injectados de sangre; extraña figura que turba á la vez la vista y el espíritu. Pero hablo en vano, no puede la palabra expresar formas semejantes. ¡Mirad, ahí está! se atreve á parecer á la luz del día! — Aquí, mandamos nosotras, hasta que llegue nuestro señor y rey.

Febo, amigo de la belleza, ahuyenta esas creaciones de la noche y las rechaza en las cavernas, ú bien triunfa de ellas.

Forkias parece en el umbral entre los jambajés de las puertas.

EL CORO.

Por muchos azares he pasado, por más que mi cabellera
 Continúe flotando joven todavía en derredor de mis sienas
 Muchas son las horribles escenas que he visto;
 Los estragos de la guerra, la noche de Ilión
 Cuando sucumbió.
 En medio del estruendo, de las nubes y del polvo,
 De los guerreros que se chocaban unos con otros, ó la voz terrible
 De los dioses, ó el grito de bronce de la Discordia
 Que retumbaba por los campos
 En derredor, de las murallas.
 ¡Ay! en pie estaban todavía
 Los muros de Troya; mas el incendio
 Se va acercando más y más,
 Impulsado por la tempestad,
 De la ciudad adormecida.
 Mientras huía, he visto al través del humo, de las ascuas
 Y de las llamas que se extendían como lenguas,
 La llegada de los dioses irritados.
 He visto cruzar figuras maravillosas,
 Formas gigantescas
 En medio del vapor alumbrado por el fuego.

Si lo vi, ó si el espíritu dominado por la angustia,
 Ha formado en mí estas ilusiones,
 Nunca podré afirmarlo;
 Pero lo que veo de horrible aquí,
 Eso lo sé, sin poder dudar de ello;
 Con la mano lo tocaría,
 Si no me detuviera el temor.
 ¿Cuál puedes ser de las hijas de Forkias?
 Pues te comparo á esa raza. [y un diente
 ¿Eres por ventura una de esas que no tienen más que un ojo]
 Que se pasan de una á otra alternativamente?
 ¿Cómo te atreves, monstruo,
 Ante la belleza,
 Presentarte á la vista de Febo
 Dios de la belleza?
 ¡Pero sigue avanzando!
 Él no contempla lo que es feo;
 Pues nunca su ojo sagrado
 Ha mirado la sombra que le sigue.
 Pero nosotros mortales estamos condenados
 Desgraciadamente por una triste fatalidad
 A sufrir ese indícible dolor de la vista
 Que da el ser á lo que es abominable y está eternamente maldito,
 En los amantes de lo bello.
 Oye pues: si nos retas con insolencia, oye la maldición,
 Oye las amenazas, las invectivas que salen
 De los labios de los bienaventurados
 Que formaron los dioses!

FORKIAS. Antiguo es el proverbio, pero el sentido sigue siempre siendo verdadero y sublime. Nunca el pudor y la belleza han podido ir de mano por la senda de la vida. Está tan profundamente arraigado en ellos un odio tan antiguo, que cualquiera sea el punto en que se encuentren, se vuelven la espalda, y prosigue cada cual su camino apresuradamente, el pudor afligido, la belleza arrogante y altiva, hasta que al fin circunda al uno y á la otra la tenebrosa noche del Orco, si es que la edad no los haya antes domado. Respecto á vosotras, extranjeras atrevidas, tenas de arrogancia, sólo os diré que os parecéis al enjambre bullicioso y ronco, que por los aires, cual espesa nube

pasa, y cuyos graznidos obligan al silencioso viajero á levantar la cabeza; pero cada cual sigue su camino; lo propio haremos nosotros.

¿Quienes sois pues, vosotras, que como Menades ó mujeres ehrias, os atrevéis á hacer este alboroto en el palacio sublime del rey? ¿Quienes sois vosotras que ladráis al ver la intendenta, como ladra á la luna una manada de perros? ¿Acaso pensáis que ignoro á que raza pertenecéis? ¡Fué vuestra ralea engendrada en la guerra, educada en las batallas; te devora la lujuria, á la vez te seducen y seduces y enervas la fuerza del guerrero y del ciudadano! Al veros así en grupos, cualquiera os tomaría por unas langostas que se precipitan de las nubes sobre las tiernas espigas. ¡Vosotras sois las que disipáis el trabajo ajeno! ¡Vosotras golosas que arruináis la prosperidad naciente! ¡Tú, mercadería conquistada, vendida en el mercado, troca la!

ELENA. La que reprende las sirvientas en presencia del ama, usurpa sus derechos, pues á ella sola corresponde alabar y castigar.

Satisfecha estoy con los servicios que me prestaron cuando sucumbió la soberbia Ilión, así como también estoy agradecida de su fidelidad cuando en la desgracia común, juntas soportamos las penas de una vida errante en que cada uno suele procurar por sí solamente. También aquí cuento con mi alegre comitiva. Nunca pregunta el dueño como es el esclavo sino como sirve. Calla pues y no apartes de ellas tus miradas ni tu cara asquerosa. ¿Has guardado fielmente hasta ahora la casa del rey en ausencia de la soberana?

Esa será tu gloria: mas ahora ella misma vuelve.

Retírate pues, á fin de no ser castigada en vez de ser alabada.

FORKIAS. Amenazar á los huéspedes del alcázar es un

derecho inmenso, que la ilustre esposa del soberano amado de los dioses bien se ha merecido por una sabia dirección durante largos años. Así pues, ahora que te he reconocido y que de nuevo te apoderas de tu rango antiguo de reina y señora, toma las riendas aflojadas del mando; reina y gobierna, toma posesión del tesoro y de nosotras tales cuales somos. Pero ante todo, protégeme, ya que soy la más anciana, contra esa chusma de muchachas, quienes, junto al cisne de tu belleza sólo parecen gansos chilladores.

LA CORIFEA. ¡Cuán fea parece la fealdad cerca de la hermosura!

FORKIAS. ¡Cuán necia es la necedad junto á la razón!

Salen las corétidas de entre filas respondiendo cada una.

PRIMERA CORÉTIDA. Háblanos del Erebo, tu padre; háblanos de la Noche, tu madre.

FORKIAS. Y tú, háblanos de Scila, tu primo hermano.

SEGUNDA CORÉTIDA. Más de un monstruo figura en tu árbol genealógico.

FORKIAS. Ve á buscar tu parentesco al Orco.

TERCERA CORÉTIDA. Los que en él habitan son demasiado jóvenes para ti.

FORKIAS. Prepara tus redes amorosas para el viejo Tiresias.

CUARTA CORÉTIDA. La nodriza de Orión es la hija de su nieta.

FORKIAS. Supongo que las Harpias la han criado con sus excrementos.

QUINTA CORÉTIDA. ¿Con qué alimentas esa flaqueza tan bien conservada?

FORKIAS. No es ciertamente con la sangre que tanto te gusta.

SEXTA CORÉTIDA. Sólo apetece cadáveres por no ser tu misma más que un repugnante cadáver.

FORKIAS. — Dientes de vampiro brillan en tu insolente boca.

LA CORIFEA. De seguro cerraré yo la tuya si digo quien eres.

FORKIAS. Nómbrate y quedará descubierto el enigma.

ELENA. Sin cólera pero sí con aflicción, me coloco entre vosotras y os prohibo la violencia de semejante disputa. Nada perjudica tanto al servicio del soberano como la desunión de sus fieles súbditos. El eco de sus órdenes cumplidas rápidamente no vuelve más entonces á su oído y al contrario, en torno suyo nace un ruido, un tumulto, un desorden que en vano intenta reprimir. Además, en vuestra cólera desenfrenada, habéis evocado imágenes y figuras tan fatales y tan llenas de horror, que me siento empujada hacia el Orco á pesar de los risueños campos de mi patria que me rodean. ¿Es un recuerdo, es una ilusión que se ha apoderado de mí? ¿Era yo, soy, ó seré en el porvenir el sueño y el fantasma de los que destruyen las ciudades? Las jóvenes se estremecen; pero tú que eres la más anciana conservas tu serenidad. Habla pues, pero habla claramente.

FORKIAS. El que se acuerda de la dicha variada de tantos años, cree que el favor de los dioses no es más que un sueño, pero tú que gozabas de tantos favores sin medida ni fin, sólo hallaste en el curso de tu vida amantes que de repente se inflamaban y acometían las empresas más temerarias. Ya Teseo, en tu edad más temprana, en su irresistible ardor te cogió; Teseo, poderoso como Hércules, joven de formas bellas y nobles.

ELENA. Me robó cuando yo era esbelta cervatilla de diez años, y me escondió en el castillo de Afidné situado en el Ática.

FORKIAS. Entonces, libertada poco tiempo después por Castor y Polux, fuiste requebrada por la flor de los héroes.

ELENA. Sin embargo, lo confieso, favorecí secretamente á Patroclo, fiel imagen de Peleo.

FORKIAS. Pero la voluntad de tu padre te destinó para Menelao quien supo atravesar el mar y también guardar su casa.

ELENA. Le dió su hija junto con la administración de su imperio; Hermione fué el fruto de esta unión.

FORKIAS. Pero mientras tu esposo iba á conquistar audazmente la herencia de Creta, te se presentó á ti esposa solitaria un huésped de fatal belleza.

ELENA. ¿Por qué recordarme de aquellos tiempos de semiviudez y de las espantosas consecuencias que tuvieron para mí?

FORKIAS. De aquella empresa resultó para mí, nacida libre en Creta, el cautiverio y larga esclavitud.

ELENA. Te nombró inmediatamente intendenta confiándote el castillo y el tesoro conquistado por su valor.

FORKIAS. Que tu abandonaste por Ilión, la ciudad de las fuertes murallas y los transportes inagotables del amor...

ELENA. ¡No me recuerdes los goces! Sufrimientos atroces inundaron mi pecho y mi cabeza.

FORKIAS. Dícese también que te apareciste cual duplicado fantasma al mismo tiempo en Ilión y en Egipto.

ELENA. No aumentes aún la turbación de mis sentidos ya tan trastornados; aun ahora no sé quien soy...

FORKIAS. ¡Añadían, después, que subiendo del tenebroso imperio de las sombras, Aquiles se unió ardentemente contigo! por haberte amado *antes*, á pesar de todos los decretos del destino.

ELENA. Pero como fantasma me uní con él que también era un fantasma. Aquello era un sueño; bastante lo dicen esas palabras... ¡Me desmayo y siento que me vuelvo otra vez un fantasma!

(Caen en los brazos del coro.)

EL CORO.

Cállate, cállate!
 ¡Criatura de mirada falsa, de boca perversa,
 De labios repugnantes, con un solo diente!...
 ¿Qué es lo que puede salir de ese horroroso abismo?
 El malo que parece bueno,
 El furor del lobo encubierto con la piel de la oveja
 Me causan más miedo
 Que la boca del perro de las tres cabezas.
 Aquí estamos escuchando con ansiedad:
 ¿Cuándo, cómo nos ha venido este monstruo sin igual
 Que se nos presenta en todo su horror?
 Pues ahora, en vez de verter en nuestros oídos
 La suave y consoladora palabra sacada del Leteo,
 Investigas lo pasado buscando el mal más que el bien
 Y oscureces al mismo tiempo
 El presente y la luz de la esperanza
 Que suavemente principiaba á despuntar.
 ¡Cállate, cállate!
 Y el alma de la reina
 Ya próxima á tomar su vuelo
 Conservará aún palpable
 Las más puras formas
 Que haya iluminado el sol.

(Elena ha vuelto en sí y hállase en medio del grupo).

FORKIAS. Sal de entre las nubes, magnífico sol de este día que aun velado alegrabas nuestro corazón y que reinas ahora deslumbrándonos con tu claridad. Tus ojos encantadores pueden ver como se extiende el mundo á tu vista. Por más que me llamen fea, yo también sé lo que es hermoso.

ELENA. Vacilante salgo del caos en que me hallaba envuelta durante mi vértigo, quisiera descansar, pues mis miembros están muy cansados; pero es preciso

que las reinas y los hombres en general sepan alentarse y cobrar valor por más que los amenazen las circunstancias.

FORKIAS. ¿Has recobrado por fin tu grandeza, tu belleza? ¿Significa tu mirada una orden? ¿Cuál es?; Prónciala!

ELENA. Repárese el tiempo perdido con la insigne negligencia de vuestra disputa: cúmplase desde luego el sacrificio que me ha mandado el Rey.

FORKIAS. Todo está dispuesto en la casa, la copa, el trípode, y el hacha afilada, así como también todo lo que se necesita para hacer las libaciones y para incensar; ¡designa la víctima!

ELENA. El Rey no la ha indicado.

FORKIAS. ¿No la ha indicado? ¡Oh fatal palabra!

ELENA. ¿Porque te afliges?

FORKIAS. Reina, tú eres la víctima.

ELENA. ¿Yo?

FORKIAS. Y éstas también.

EL CORO. Desgracia y desesperación!

FORKIAS. Caerás bajo el hacha.

ELENA. ¡Esto es horroroso! mas ya lo había presentado. ¡Desdichada de mí!

FORKIAS. Esto me parece inevitable.

EL CORO. ¡Ay de nosotras! ¿Cual será nuestra suerte?

FORKIAS. Ella morirá de una noble muerte; pero vosotras ahorcadas en el balcón que sostiene el techo, como los tordos cogidos en el lazo, tembléquearéis en fila. (Elena y el coro asombrados y espantados, forman un grupo significativo simétricamente dispuesto.) ¡Espectros! Ahí os quedáis inmóviles cuales fantasmas que temen de separarse de la luz que no les pertenece. Los hombres, esos espectros que todos se os parecen, no renuncian sino mal de su grado á la luz brillante y

augusta del sol ; pero nadie intercede por ellos y nadie los salva de esta ley ; todos lo saben, pero á pocos les agrada... ; Es ccsa cierta que estáis perdidas ! ; Valor pues, á la obra !

Da algunas palmadas ; acuden enanos enmascarados, que ejecutan prontamente las órdenes que ha dado.

Acércate, monstruo tenebroso, *redondo como una bola...* Rueda hasta aquí, hay daño que hacer á manos llenas. Abrid paso al altar de cuernos de oro, deponed el hacha brillante por encima del borde de plata ; llenad de agua los vasos, pues habrá que lavar la mancha horrorosa de la negra sangre ; disponed aquí la preciosa alfombra sobre el polvo, á fin de que la real víctima se arrodille, y se la pueda envolver, con la cabeza cortada, es verdad, pero sepultada con decencia y dignidad.

LA CORIFEA. Queda la reina sumida en sus reflexiones, las jóvenes se marchitan como el césped segado. Pero á mí la mayor de ellas, parece que un deber sagrado me manda de dirigirte la palabra á ti la más *anciana de las ancianas*. Tienes experiencia y saber ; pareces ser benévola para con nosotras á pesar de haberte desconocido estas jóvenes atolondradas ; así que dinos lo que crees sea posible hacer para salvarnos.

FORKIAS. Una cosa muy fácil : solamente, de la reina depende el salvarse y salvaros á vosotras que le pertenecéis. Se necesita resolución y prontitud.

EL CORO. ; Oh la más venerada de las parcas ! la más sabia de la sibilas, ten cerradas las tijeras de oro ; anúncianos la luz y la salvación, pues ya sentimos moverse dolorosamente nuestros tiernos miembros, estremecerse y desprenderse cuando preferirían alegrarse en la danza y descansar después sobre el echo del predilecto.

ELENA. ; Déjalas que se lamenten ! Estoy afligida, pero no tiemblo ; si puedes salvarnos consiento en ello con agradecimiento ; para el espíritu sabio, penetrante y previsor lo imposible se hace á veces posible ; habla pues y dinos cual es tu medio de salvación !

EL CORO. ; Habla ! ; habla ! dinos pronto como nos libramos de esos horrendos lazos que ciñen ya nuestro cuello cuales funestos adornos. Ya lo presentimos, están destinados á sofocarnos, si tú, ó Rea, madre augusta de los dioses, no te apiadas de nosotras.

FORKIAS. ¿ Tendréis bastante paciencia para escuchar en silencio mi discurso ? Ha de contener más de una historia.

EL CORO. ; Te escucharemos con paciencia ! pues con escucharte prolongamos nuestra vida.

FORKIAS. El que permanece en su casa, conserva un noble tesoro, cimenta las paredes elevadas de su morada y asegura el techo contra la lluvia, pasará tranquilo los largos años de su vida ; pero el que pasa criminalmente con fugitivo paso el umbral sagrado de su puerta, al regresar á ella, encontrará el antiguo sitio, pero todo cambiado y tal vez destruído.

ELENA. ¿ Á que todas estas sentencias triviales ? Cuenta y no recuerdes cosas dolorosas.

FORKIAS. Lo que digo es histórico y no contiene reconvección alguna. De golfo en golfo navegó Menelao ; combatía como pirata y trató como enemigas las islas y las costas. Volvió con el inmenso botín que ha amontonado en este palacio. Durante diez largos años permaneció frente á Ilión é ignoro cuanto tiempo empleó en su regreso. ¿ Pero qué fué lo que aconteció en el país donde se halla el sublime palacio de Tíndaro ? Qué ha sucedido en los contornos de su imperio ?

ELENA. ¿ Reconvenir es pues tu segunda naturaleza,

que no puedes menear los labios sin pronunciar una invectiva ?

FORKIAS. ¡ Por muchos años quedó abandonado el valle montuoso que se extiende al norte de Esparta ! El Taigeta se halla á la espalda ; en él corre cual alegre arroyo el Eurotas que atraviesa nuestro valle y costea los cañaverales donde alimenta vuestros cisnes. Allá abajo, tras el valle montuoso se ha establecido una raza guerrera procedente de la noche cimeriana ; allí ha levantado una torre inaccesible, desde donde maltrata al país y á sus habitantes.

ELENA. ¡ Cómo ! ¿ Es posible que hayan dado cima á semejante empresa ? Esto parece imposible.

FORKIAS. Tenían tiempo suficiente ; hay veinte años que esto ha sucedido.

ELENA. ¿ Tienen jefe ? ¿ Son salteadores ? ¿ Son numerosos y unidos ?

FORKIAS. No son salteadores y uno de ellos es su jefe. No quiero hablar mal de él por más que me haya visitado, porque todo podía tomarlo y se contentó con algunos dones libres, así los llamó él, pero no ya como tributo.

ELENA. ¿ Que aspecto tiene ?

FORKIAS. ¡ Ne es feo ! Á mí me agrada ; es un hombre activo, audaz, bien formado como pocos haya entre los griegos ; es un hombre inteligente. Se trata á esos hombres de bárbaros, pero no creo hubiese entre ellos uno solo tan cruel como lo han sido algunos héroes que frente á Ilión se han portado como verdaderos antropófagos. Creo en su generosidad ; me he confiado en él.... Y su castillo, ¡ Ah ! ; si lo vierais ! Cuán distinto es de estas antiguas murallas que vuestros padres levantaron sin plano ni concierto, como Ciclopes fabricaron sólo amontonando piedra tosca sobre piedra tosca ;

pero allí, al contrario, todo es horizontal, perpendicular y lleno de simetría. En una palabra, mirad el castillo desde el exterior, se levanta hacia el cielo tan sólido, tan bien ordenado ; luciente y bruñido como el acero. La sola idea de llegar hasta él da vértigo ; en su interior hay vastos patios ostentando toda clase de arquitectura y para todos fines, columnitas, arcos, ojivas, balcones, galerías que dan vista así al interior como al exterior y blasones.

EL CORO. ¿ Que es lo que llaman blasones ?

FORKIAS. ¿ No llevaba Ajax serpientes entrelazadas en su broquel conforme habéis visto ? Los Siete, frente á Tebas, llevaban también cada uno en su broquel ricas figuras simbólicas. Allí veíanse la luna y las estrellas en el firmamento así como también diosas, héroes y escalas, espadas, hachones y todo cuanto amenaza las ciudades y puede ser su azote. Signos iguales llevan también nuestros héroes herencia de sus antepasados y los han conservado en el primer brillo de sus colores. Consisten en leones, águilas, garras, picos, cuernos de búfalo, alas, rosas, colas de pavo real y bandas de oro, plata, negras, azules y coloradas. Figuras semejantes están colgadas en fila dentro de esas salas sin límites, inmensas como el mundo donde podréis bailar holgadamente.

EL CORO. Dinos, ¿ hay también danzantes ?

FORKIAS. Los mejores. Hermosos jóvenes con cbelleras de oro ; Qué perfume de juventud derraman ! Solo Paris exhalaba ese suave perfume cuando se aproximó demasiado á la reina.

ELENA. Olvidas enteramente tu papel ; dime la última palabra.

FORKIAS. Tú la debes proferir ; pronuncia tan sólo un sí solemne é inteligible y desde luego te hallarás dentro del recinto del castillo.

EL CORO. ¡Ah! ¡pronuncia esa palabra que ha de salvarte y salvarnos!

ELENA. ¿Cómo puedo creer que el rey Menelao sea bastante cruel para querer mi pérdida?

FORKIAS. ¿Has olvidado como mutiló á tu Deifobo, ese hermano de Paris, muerto en la batalla sin escuchar sus ruegos? ¿Á Deifobo, que siendo tú viuda, te consiguió con su pertinacia y te gozó como concubina? Le cortó la nariz y las orejas y más todavía lo mutiló. Era horrible cosa el verle.

ELENA. Así lo trató y por mí.

FORKIAS. Lo mismo te tratará á ti. La belleza es indivisible; el que la ha poseído toda entera, prefiere anonadarla antes que compartirla. (Rumor lejano de trompetas; el Coro se estremece.) Así como el sonido que arroja la trompeta hiere y desgarrá el oído y las entrañas, así los celos penetran en el corazón del hombre que nunca olvida lo que poseyó una vez, lo que ha perdido y que ya no posee.

EL CORO. ¿No oyes resonar las cornetas? ¿No ves como brillan las armas?

FORKIAS. ¡Bien venido seáis mi señor y mi rey! Con gusto te daré cuenta á ti.

EL CORO. ¿Y nosotras?

FORKIAS. Bien lo sabéis; tenéis su muerte y la vuestra delante de los ojos: no, no es posible salvaros.

ELENA. He meditado en lo que más urge, en lo que he de intentar. Conozco que eres un *genio malo*. Conviertes el bien en mal. Pero ante todo voy á seguirte al alcázar; sé lo demás que ha de hacerse; quede impenetrable para todos lo que la reina puede guardar misteriosamente y profundamente en su seno. Anciana, ve delante.

EL CORO. ¡Oh! como vamos de buen grado con

fugitivos pasos! — Detrás de nosotras la muerte; — delante el alcázar con sus murallas inaccesibles. — Que nos proteja tan bien como el castillo de Ilión — que sin embargo sucumbió ante un ardid infame.

(Aparecen nubes que velan el fondo y la escena.)

— ¿Qué es esto? ¡Mirad, hermanas, en torno vuestro! — ¿No estaba el día sereno? — Extiéndense filas de nubes — salidas de las ondas sagradas del Eurotas. — Ya se oculta á la vista el dulce margen — que coronan cañaverales. — Ya no veo los cisnes, libres, graciosos y altivos — que muellemente se deslizan por el agua, — nadando juntos con delicia. — ¡Ay! ya no los veo; pero sin embargo — oigo todavía sus cantos: — oigo también á lo lejos terribles sonidos. — Esos sonidos significan la muerte; — ¡Ay! con tal que no anuncien también la nuestra, en lugar de la salvación prometida, — puesto que nos parecemos á los cisnes — de hermoso y nevado cuello — y que ésta de ellos ha nacido. — ¡Desdichadas de nosotras! — Las nubes lo cubren ya todo en derredor nuestro; ¡apenas podemos distinguirnos una con otra! ¿Que sucede? ¿Andamos? — Ó nos cernemos tan solamente, — rozando el suelo con nuestros pies? — ¿No ves nada? ¿Si será Hermes que nos precede volando? — No brilla su cetro de oro — guiándonos, precipitándonos, — hacia la melancólica mansión del Hades lleno de formas impalpables, — y siempre vacía, por más que la llenen?

La escena representa el patio interior de un castillo de la edad media).

EL CORO. Sí, de repente se oscurece la nube, pierde su brillo rojizo y toma aspecto de murallas. Efectivamente, murallas son las que detienen la vista. ¿Es esto un patio? ¿Es un profundo foso? De todas maneras es